Hacia un urbanismo genuinamente humanizador*

doi: 10.52749/fh.v2i4.1

ROB KITCHIN

Rob Kitchen es profesor del Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad de Maynooth, del que fue director entre 2002 y 2013. Tras estudiar en la Universidad de Lancaster (licenciatura en Geografía), la Universidad de Leicester (maestría en SIG) y la Universidad de Gales Swansea (doctorado en Geografía), ocupó un puesto en la Universidad Queen's de Belfast en 1996, y se trasladó a la Universidad de Maynooth en 1998. Fue investigador principal del proyecto Programmable City (financiado por el Consejo Europeo de Investigación, 2013-18), del proyecto Building City Dashboards (financiado por la Science Foundation Ireland, 2016-21), del Digital Repository of Ireland (2009-2017) y del All-Island Research Observatory (2005-2017).

[cambiar correo](#)

[modificar](#)

Resumen. La Cuarta Revolución Industrial (4RI) es una revolución con toda una gestión masiva de datos, marcada por la digitalización de la información sobre las poblaciones y sus historias. El presente artículo ofrece elementos al debate en lo que respecta a la CRI, su vínculo con las universidades y el papel de los investigadores. Poner el conocimiento, innovación y tecnología en función de generar grandes beneficios es una oportunidad que no se debe desaprovechar. Los tiempos actuales demandan el fortalecimiento de habilidades. Permitámonos descubrir un mundo nuevo, crear redes globales con esencia en lo humano. ¿Apuestas por las oportunidades de la Cuarta Revolución Industrial (4RI)?

Palabras clave: Smart cities, ciudadanía, justicia social, derecho a la ciudad, futuro

Introducción

El análisis presentado en Cardullo, Di Felicianantonio, & Kitchen (2019) postula que las ciudades inteligentes se basan actualmente en concepciones instrumentales, consensuadas, pragmáticas y neoliberales de la ciudadanía y la justicia social que se enmarcan en términos postpolíticos. Los ciudadanos, incluso en las denominadas visiones centradas en el ciudadano de las ciudades inteligentes, se posicionan en gran medida como puntos de datos, consumidores, usuarios, jugadores, probadores o personas que deben ser acorraladas, empujadas, disciplinadas y controladas (Cardullo & Kitchen, 2018a).

Las preguntas centrales del libro *The Right to the Smart City* (Cardullo et al., 2019) han sido: ¿Es posible otra ciudad inteligente? ¿Podemos concebir y promulgar una ciudad inteligente que se tome en serio la noción de Lefebvre (1996) del "derecho a la ciudad"? ¿Podemos aprovechar el poder de las tecnologías inteligentes para crear una ciudad emancipadora y empoderadora, o lo que Harvey (1973, p. 314) denomina "un urbanismo genuinamente humanizador"? ¿Podemos replantear, reimaginar y rehacer la ciudad inteli-

gente para que esté realmente "centrada en el ciudadano", en lugar de estar impulsada predominantemente por el lucro y las necesidades del Estado? Los capítulos del libro han empezado a explorar estas cuestiones, aunque también dejan claro los retos que plantea la realización de una ciudad de este tipo. No obstante, es vital trazar los caminos hacia una futura ciudad inteligente. De hecho, como señala Marcuse (2012), Lefebvre fue claro al insistir en que "no se exige el derecho a la ciudad existente, sino el derecho a una ciudad futura"; la ciudad en ciernes; una ciudad transformada con respecto a sus relaciones socioespaciales.

Como he argumentado en otro lugar (Kitchen, 2018), el futuro es un elemento crítico en el régimen discursivo y las operaciones de la ciudad inteligente (véase también Datta y Shaban, 2016; Söderström et al., 2014; White, 2016). Adams y Groves (2007) señalan que el futuro se evoca a través de dos modalidades temporales: el "futuro presente" y el "presente futuro". El "futuro presente" es el futuro desde el punto de vista del presente. Es el futuro por crear, que se despliega a partir de las tendencias pasadas y presentes, resultado de es-

estructuras dadas e incrustadas y de dependencias de trayectoria, aunque éstas puedan ser reconducidas (Poli, 2015). El futuro presente sitúa el futuro como nuestro "para dar forma y crear", extrapolando hacia adelante desde la situación actual (Adams, 2008). Así, se hacen previsiones, se formulan estrategias y planes, y se promulgan acciones directas para intentar realizar determinados futuros. Las tecnologías de las ciudades inteligentes están orientadas al futuro con respecto a la creación de escenarios, disposiciones y resultados plausibles y preferibles. Buscan producir "futuros de contingencia", es decir, estar preparados para las sorpresas previstas, o "futuros de optimización", imponiendo patrones y tendencias del pasado al futuro para garantizar continuidad (Miller, 2007). Las prácticas del urbanismo experimental son especialmente importantes para la producción de estos futuros. En ellas, los innovadores pueden crear prototipos y ensayar nuevas tecnologías en entornos reales para probar, aprender y promover futuros urbanos posibles y deseables (Evans et al., 2016). Los bancos de pruebas de las ciudades inteligentes y los laboratorios vivientes trabajan, por tanto, para intentar producir lo que Adam y Groves (2007) denominan "futuros latentes", futuros en ciernes que están "en camino" (Poli, 2015). El proceso constante e incompleto de creación de prototipos de ciudades inteligentes, según Halpern y Günel (2017, p. 2), produce una "esperanza preventiva"; una sensación de que se está abordando de forma proactiva un futuro social, económico y medioambiental incierto, aunque lo hace creando una vía de transición hacia una visión particular de una ciudad neoliberal (Marvin y Silver, 2016). La inteligencia se convierte así en el medio común para imaginar y responder a nuestro futuro.

Mientras que el futuro presente extiende el presente hacia el futuro, el presente futuro utiliza futuros posibles para considerar y planificar trayectorias alternativas (Adam & Groves, 2007). Por ejemplo, la práctica del backcasting imagina un futuro normativo que podríamos desear alcanzar y luego vuelve al presente para intentar definir los pasos o el camino necesario para hacer realidad ese futuro (que podría requerir una ruptura radical con las estrategias de futuro actuales). El futuro presente reconoce, por tanto, que nuestras acciones actuales tienen un impacto potencial en las generaciones futuras y que podemos actuar moral y éticamente para crear un mundo diferente (Adam, 2008). En este sentido, Anderson (2010) sostiene que se evoca un futuro normativo para adelantarse

a las amenazas, prepararse para ellas o evitar que se materialicen, y para redirigir los caminos del futuro presente hacia una nueva trayectoria. Como detalla White (2016), los defensores de las ciudades inteligentes han desarrollado una lógica discursiva que busca colonizar el futuro y se basa ampliamente en escenarios potenciales tanto para racionalizar la intervención tecnológica en el presente como para adelantarse y planificar nuevas trayectorias urbanas. Hay tres crisis que motivan la imaginación de futuros alternativos: los cambios generalizados en los patrones de población, en particular la migración del campo a la ciudad, y las consiguientes presiones de recursos; el cambio climático global y la necesidad de producir ciudades más resistentes; y la austeridad fiscal y el deseo de crear gobiernos más ágiles y atraer capital móvil (White, 2016; véase también Datta, 2016). Al evocar imaginarios de futuros alternativos y contrastarlos con un futuro presente que no toma el camino de la inversión en ciudades inteligentes, los defensores tratan de adelantarse y preparar el terreno para el urbanismo inteligente y prefigurar la ciudad futura. Sin embargo, como se argumenta en el capítulo 1 de *The Right to the Smart City* y en los demás capítulos, las lógicas anticipatorias de la ciudad inteligente se enmarcan predominantemente en términos neoliberales.

La creación de una ciudad inteligente más humanizadora requiere entonces algo más que exponer, proponer y politizar (Marcuse, 2012) las estructuras, procesos e injusticias actuales de las ciudades inteligentes: aunque esta labor es vital para sentar las bases y la justificación de intervenciones productivas y caminos alternativos. Es necesario cambiar el pensamiento y las prácticas del futuro presente y reconfigurar la narrativa del futuro presente para reformular y rehacer las ciudades inteligentes. Ambas tácticas exigen la elaboración de una visión profundamente normativa de las ciudades inteligentes que esté arraigada en las ideas de ciudadanía, justicia social, bien público y derecho a la ciudad.

El futuro presente de las ciudades inteligentes

Si queremos transformar el futuro actual de las ciudades inteligentes en uno orientado en torno a la misión de crear un "urbanismo inteligente genuinamente humanizador", entonces es productivo empezar por imaginar un presente futuro alternativo, ya que esto proporciona el contexto y el marco para reconfigurar el futuro actual de las ciudades inteligentes. Por supuesto, a la hora de

imaginar esos futuros alternativos, hay que examinar qué es lo que preocupa de la actual retórica e implementación de las ciudades inteligentes y su visión de futuro asociada. El capítulo 1 de *The Right to the Smart City*, en particular, y los demás capítulos documentan los peligros y escollos de las ciudades inteligentes, por lo que no es necesario volver a repetirlos aquí en detalle. En resumen, lo que los capítulos anteriores dejan claro es que la ciudad inteligente neoliberal promueve una forma de urbanismo empresarial dirigido por la tecnología que está orientada al mercado, adopta un enfoque instrumental para abordar los problemas urbanos que proporciona soluciones de parcheo en lugar de abordar sus causas fundamentales, y reproduce las desventajas en lugar de mejorarlas.

Aunque las lógicas de anticipación de las ciudades inteligentes, el cambio de población, el cambio climático y la austeridad escalonada son cuestiones que sin duda merecen una acción, requieren soluciones holísticas y estructurales, no simplemente soluciones técnicas, y éstas deben ir acompañadas de una lógica que aborde las divisiones sociales y espaciales sistémicas y cree una sociedad más justa, equitativa y ética. Esto solo puede lograrse (1) abordando y limitando los peores excesos del capitalismo mediante la redistribución de los recursos en toda la sociedad, creando niveles equitativos de acceso a los recursos clave y un generoso estado de bienestar, y; (2) invirtiendo la tendencia hacia la gubernamentalidad y la gobernanza neoliberales para adoptar los ideales más socialmente democráticos del bien público y los bienes públicos compartidos, así como garantizando que los procesos institucionales sean justos, transparentes y responsables. En otras palabras, es necesario imaginar otro tipo de ciudad inteligente, una que se sustente en formas no liberales de ciudadanía y justicia social, una que asegure el derecho a la ciudad en un sentido lefebvriano.

A nivel básico, una ciudad inteligente de este tipo tendría una serie de características extraídas de los ideales del "derecho a la ciudad" (Cardullo & Kitchin, 2018b). En primer lugar, la ciudad inteligente estaría orientada a reflejar y servir a los intereses de los ciudadanos, en lugar de que estos sigan supeditados a los intereses del Estado y el mercado. En segundo lugar, habría un marco más inclusivo y deliberativo de la participación ciudadana en la ciudad inteligente más allá del consumismo y el compromiso cívico simbólico, incluyendo una consulta pública más amplia, la colaboración y la co-

producción, y los ciudadanos ocupando roles como creadores, miembros y líderes. En tercer lugar, se pasaría de una ciudadanía basada principalmente en los principios del mercado a un marco respaldado por un conjunto de derechos civiles, sociales, políticos, simbólicos y digitales. En cuarto lugar, esto iría acompañado de una forma alternativa de gobernanza que respetara los derechos y la autodeterminación, tratara a las personas de forma justa y transparente, y estableciera controles y equilibrios en las formas de gobernanza y prácticas algorítmicas, como la clasificación social y el empuje anticipado, la disciplina y el castigo. En quinto lugar, los activos públicos clave, como las infraestructuras urbanas básicas y los servicios públicos, formarían parte de los bienes comunes que se protegerían y aprovecharían para el bien común, incluida la remunicipalización cuando se hayan privatizado. En sexto lugar, se frenarían los excesos del capitalismo de plataforma, el trabajo sería recompensado de forma justa y menos precaria, y los recursos se redistribuirían de forma más equitativa. Además, en lugar de producir nuevos conceptos políticos como ciudadanos inteligentes, ciudadanía inteligente, justicia inteligente o bienes comunes inteligentes, donde estas nociones están necesariamente mediadas en relación con la tecnología y a través de ella, la futura ciudad inteligente estará orientada a los ciudadanos, la ciudadanía, la justicia y los bienes comunes en sentido amplio.

Me doy cuenta de que esta visión es decididamente escasa en cuanto a lo que cada una de estas ambiciones se vería en la práctica y en las tácticas necesarias para crear dicha visión. Esto se debe a dos razones. En primer lugar, si bien ha habido algunas reflexiones dirigidas a reconcebir las ciudades inteligentes siguiendo estas líneas (véase Coletta et al., 2019; McLaren & Agyeman, 2015; Morozov & Bria, 2018), está claro que trazar las particularidades de un futuro presente alternativo de las ciudades inteligentes requiere mucho trabajo, exige una profunda reflexión y su explicación requeriría mucho más espacio del que se ofrece en este artículo. En segundo lugar, este trabajo no puede ser llevado a cabo simplemente por académicos, administradores municipales y responsables políticos, y consultores corporativos y personal de I+D, sino que debe involucrar a la gente de a pie que puede articular sus esperanzas y aspiraciones para la vida futura de la ciudad.

En este caso, el empleo de la utopía como método (Büscher, 2017; Levitas, 2013) tiene cierto mérito. Este enfoque busca crear la reconstitución imagina-

ria de la sociedad, una sociología especulativa de lo que es deseable y posible: en este caso, una ciudad futura ideal. Levitas (2013) sostiene que este método proporciona los medios para pensar en "las conexiones entre los procesos económicos, sociales y políticos, nuestras formas de vida y lo que es necesario para el bienestar humano", donde ese bienestar se refiere a todos y no sólo a unos pocos privilegiados. En la formulación de Levitas, la utopía como método consta de tres aspectos: un modo arqueológico (la excavación y el ensamblaje de los elementos que constituirían una sociedad utópica), un modo ontológico (la definición de los sujetos, los agentes y los roles interpelados en dicha sociedad), y un modo arquitectónico (el diseño institucional y la delineación de esa sociedad). Una vez imaginada la utopía, se puede llevar a cabo un proceso de backcasting para pensar en cómo se podría realizar la visión en su totalidad, o los elementos de la misma, y los desafíos de su implementación. Este ejercicio de pensamiento utópico no es un gesto fútil condenado al fracaso, como a menudo se critica el pensamiento utópico, sino que abre la posibilidad de imaginar y crear otros futuros: crea esperanza y nuevas líneas de deseo, deja claro que el futuro es contingente y no una inevitabilidad teleológica, sugiere vías alternativas de exploración y crea lógicas de anticipación alternativas.

Creo que este proceso debería incluir una consideración exhaustiva de las políticas de identidad, que hasta la fecha se han abordado poco en la literatura de las ciudades inteligentes (aunque véase Bousquet, 2018; Cockrayne & Richardson, 2017; Datta, 2015, 2018; Elwood & Leszczynski, 2018; Jefferson, 2018a, 2018b; Leszczynski & Elwood, 2015; Rose, 2017; Shwayri, 2018; Trencher & Karvonen, 2018). En este caso, se reconoce que, para que haya una ciudad inteligente genuinamente humanizada, tiene que acomodar de manera inclusiva la diversidad y la diferencia. Leer la ciudad inteligente a través de la lente de las teorías de género, postcolonial, queer, de raza, de clase y de discapacidad es una experiencia aleccionadora. Aunque las tecnologías de las ciudades inteligentes pueden tener algunos efectos liberadores, como las aplicaciones diseñadas para mejorar la seguridad de las mujeres o facilitar el acceso de las personas discapacitadas, en general gran parte de la tecnología ignora y reproduce de forma inherente, o profundiza activamente, las divisiones sociales, especialmente las que implican el profiling, la clasificación, el nudging y otras formas de control social (Elwood & Leszczynski, 2018; Jefferson, 2018a,

2018b). Esto plantea la pregunta crítica: ¿cómo sería una ciudad inteligente diseñada para ser inclusiva y no discriminatoria para las mujeres, la comunidad LGBT, las personas de color, las minorías étnicas, los pobres, las personas con discapacidad y las personas mayores? No solo en cuanto a la configuración y el funcionamiento de las tecnologías, las infraestructuras y los servicios, sino en la política, las prácticas y la visión de la ciudad inteligente.

Para responder a estas preguntas es necesario interrogar de forma continuada las manifestaciones discursivas y materiales de la ciudad inteligente tal y como se concibe en la actualidad, así como una profunda reflexión normativa sobre cómo podrían transformarse de forma emancipadora. Esta especulación sobre el futuro debe basarse en el contexto local: no puede haber una ciudad inteligente utópica de talla única, como dejan claro los trabajos sobre ciudades inteligentes de todo el mundo (Coletta et al., 2019; Datta & Shaban, 2016; Karvonen et al., 2018). De hecho, lo que significa la ciudad inteligente para los Estados y los habitantes de bajos ingresos y de los barrios marginales del África subsahariana (Watson, 2014), Colombia (Talvard, 2019) y la India (Datta, 2015, 2018; Janu, 2017; Rangaswamy & Nair, 2012), y la forma en que las futuras ciudades inteligentes deberían, podrían y se desarrollarán en el Sur Global es, sin duda, diferente a la del Norte Global por todo tipo de razones (entre otras, porque parten de lugares muy distintos y mantienen valores y costumbres diferentes). Lo que nos lleva a transformar el futuro actual de las ciudades inteligentes.

Futuro Presente de las Ciudades Inteligentes

A falta de un presente futuro bien articulado de las ciudades inteligentes, varias partes interesadas y administraciones municipales han intentado cambiar el futuro presente de la forma en que se formulan e implementan las ciudades inteligentes por uno más inclusivo y menos orientado al mercado. Se trata de idear un conjunto de tácticas diseñadas para promulgar versiones de la ciudad inteligente más ascendentes y centradas en los ciudadanos. A menudo se formulan de forma bastante pragmática y con sentido común, producidas por organizaciones de la sociedad civil y que promueven iniciativas tecnológicas y de intercambio dirigidas por la comunidad/ciudadana (véase McLaren & Agyeman, 2015; Schrock, 2018, este volumen; D'Ignazio et al, este volumen). Por ejemplo, McLaren y Agyeman (2015) señalan cuatro amplios tipos de iniciativas de

intercambio, tres de los cuales adoptan un enfoque diferente al de las plataformas comerciales y monetizadas (por ejemplo, Uber y Airbnb): plataformas no lucrativas, entre pares y comunitarias (por ejemplo, Streetbank y Freecycle); y plataformas de intercambio de información, Streetbank y Freecycle); intercambios comerciales, socioculturales (en lugar de una plataforma exclusiva) (por ejemplo, Enspiral y Bitcoin); e intercambios comunales, socioculturales, como compartir dentro de familias y comunidades. Del mismo modo, Perng (este volumen) identifica una serie de formas y ethos diferentes de hackathones.

Estas iniciativas contrahegemónicas suelen carecer de una visión estratégica global, o de un marco ideológico más amplio, y promulgan políticas con una pequeña p. Pueden tener un efecto profundo en el cambio de los enfoques locales de determinados desarrollos de ciudades inteligentes (por ejemplo, adoptar ideas de juego, piratería informática y planificación comunitaria en la forma en que se conciben y despliegan los sistemas a nivel local; véase de Waal et al., 2018), pero por lo general son cooptados en el proyecto neoliberal o se limitan a remodelar algunos aspectos del programa de ciudades inteligentes de una ciudad, pero no se produce ningún cambio real en la gubernamentalidad y la economía política subyacentes. No obstante, son importantes en el sentido de que promulgan lo que Macgilchrist y Bohmig (2012, p. 97) denominan "políticas mínimas", creando "pequeñas fisuras" en lo que puede parecer el régimen discursivo hegemónico y la política material de las ciudades inteligentes. Este constante estribillo de pequeños desgarrs significa que la visión de la ciudad inteligente se disloca y "garantiza que la democracia entendida como prácticas de conflicto y desacuerdo se promulgue a diario" (Macgilchrist & Bohmig, 2012, p. 97). En otras palabras, aunque individualmente no puedan provocar cambios sísmicos en la formulación de la ciudad inteligente, en combinación con esas otras iniciativas contrahegemónicas, los actos de oposición y resistencia abren pequeñas grietas a través de las cuales se puede efectuar el cambio. Fueron estas políticas mínimas las que llevaron a que las ciudades inteligentes fueran refundidas como "centradas en el ciudadano", aunque este cambio de marca apenas alteró su formulación y prácticas reales (Cardullo & Kitchin, 2018a, 2018b; Kitchin, 2015).

Otras iniciativas tienen una visión más estratégica e ideológica que busca reconfigurar radicalmente

la visión de las ciudades inteligentes, promulgada a nivel del Estado. En el caso de Medellín (Colombia), la ciudad ha tratado de promulgar lo que denomina "urbanismo social", promoviendo la idea de la inclusión social en un ámbito público compartido (McLaren & Agyeman, 2015). Desde mediados de la década de 1990, el gobierno de la ciudad de Medellín se ha centrado en empoderar a los ciudadanos, empezando por los barrios más pobres, a través de una serie de iniciativas relacionadas con el acceso a las TIC, la educación, las actividades culturales, la infraestructura y el desarrollo económico, así como el uso de presupuestos participativos y la planificación comunitaria, para crear un conjunto urbano de servicios y espacios públicos (McLaren & Agyeman, 2015). En los últimos años, esto se ha extendido a sus iniciativas de ciudad inteligente, tratando de inscribir a los actores públicos y privados para construir un consenso sobre cómo debe organizarse la ciudad política y económicamente (Talvard, 2019). Si bien la ciudad tiene un distrito inteligente designado, Medellinnovation, que actúa como un sitio de experimentación urbana y busca atraer inversiones transnacionales, esta área no busca controlar quién vive allí, sino que tiene el objetivo declarado de servir a los residentes locales existentes y evitar la gentrificación que los desplazaría. Sin embargo, aunque Medellín ha tratado de convertirse en lo que la administración de la ciudad denomina una "ciudad inteligente inclusiva y competitiva", Talvard (2019) detalla que todavía ofrece una "noción de inteligencia más bien paternalista y orientada al mercado" y sigue un camino de desarrollo que favorece los intereses de los actores comerciales. Así, concluye que, a pesar del énfasis en la inclusión social, parece que se ha producido una "captura corporativa del interés público disfrazada de desarrollo local." No obstante, los intereses del capital se ven limitados y se hace más hincapié en la inclusión y la puesta en común que en otras ciudades inteligentes.

El caso de Barcelona se señala en los capítulos 1 y 13 de *The Right to the Smart City* (Cardullo et al., 2019), pero merece la pena ampliar aquí la noción de soberanía tecnológica, ya que es quizá el ejemplo más claro de un intento concertado de repensar la política y los principios de la ciudad inteligente que desafía su economía política subyacente (March & Ribera-Fumaz, 2018). Morozov y Bria (2018) exponen una visión de la soberanía tecnológica y nueve acciones políticas diseñadas para ayudar a las ciudades a tomar el con-

trol de sus políticas digitales y bienes públicos, revertir el daño causado por el neoliberalismo y producir una ciudad que sirva, ante todo, a los ciudadanos:

- promover regímenes alternativos de propiedad de los datos, incluida la creación de un fondo común de datos abiertos y de normativas que limiten la recolección agresiva de datos;
- trasladar los servicios de información al código abierto, a los estándares abiertos, y adoptar una entrega ágil;
- transformar la contratación pública para que sea ética, sostenible e innovadora
- controlar las plataformas digitales, incluyendo la supervisión y regulación de la economía colaborativa;
- construir y hacer crecer infraestructuras digitales alternativas basadas en tecnologías abiertas y descentralizadas que preserven la neutralidad de la red
- desarrollar modelos cooperativos de prestación de servicios
- maximizar la innovación con valor público, incluyendo el emprendimiento social de base
- repensar los planes de bienestar y los sistemas monetarios complementarios a nivel local; y
- promover la democracia digital y la soberanía digital mediante herramientas de participación y compromiso digital y nuevos derechos.

Para ellos, y para la administración de la ciudad de Barcelona, estas acciones sirven para garantizar que las ciudades puedan aplicar políticas independientes y eficaces y decidir su propio destino, y que los ciudadanos "tengan voz y participen en el funcionamiento de la infraestructura tecnológica que les rodea y en los fines a los que sirve" (p. 22). Sostienen que, sin la soberanía tecnológica, "la lucha por el derecho a la ciudad pierde gran parte de su poder" (p. 23) porque la forma de gestionar la ciudad está ligada a los intereses del capital y el poder privados. También señalan que la batalla por un tipo diferente de ciudad inteligente "no puede tener éxito sin fuertes conexiones con las actuales luchas de los movimientos sociales urbanos y una nueva generación de políticos" (p. 25) que rechazan todas las formas de urbanismo empresarial. De hecho, la creación de una ciudad inteligente alternativa debe formar parte de un proyecto para crear una ciudad no neoliberal que cuente con un conjunto de acciones políticas relacionadas:

- establecer la ciudad de los comunes y la producción colaborativa como puntos de referencia globales
- acabar con la privatización y el traspaso de bienes públicos a manos privadas, y promover la remunicipalización de infraestructuras y servicios críticos
- reducir masivamente el coste de servicios básicos como la vivienda, el transporte, la educación y la sanidad para ayudar a los estratos más precarios de la sociedad;
- Construir modelos económicos basados en datos con aportaciones reales (utilizando analíticas de datos en tiempo real), permitiendo la democracia participativa para modelar decisiones complejas;
- preferir y promover las organizaciones colaborativas por encima del Estado centralizado y de las soluciones de mercado;
- instituir una renta básica universal centrada en la pobreza y la exclusión social; y
- construir bienes comunes de datos de la ciudad: Decretar que los datos en red de la población generados en el contexto de los servicios públicos no puedan ser propiedad de los operadores de servicios. (Morozov & Bria, 2018, pp. 29-30, resumiendo a Mason, 2016).

Está claro que la creación de una ciudad inteligente no neoliberal y poscapitalista no es una tarea fácil, dadas las actuales estructuras incrustadas y las dependencias del camino, pero el experimento de Barcelona con la soberanía tecnológica ofrece tanto una esperanza como una estrategia y unas tácticas para perseguir el derecho a la ciudad inteligente que pueden utilizarse para ampliar las políticas mínimas que se están aplicando en otros lugares.

Conclusiones

Pensar, imaginar y poner en práctica el derecho a la ciudad inteligente no es una tarea sencilla. Es una tarea cargada de cuestiones y enigmas ideológicos y normativos, y de trabajo y prácticas políticas, sociales y culturales. Este capítulo ha tratado de esbozar el tipo de trabajo orientado al futuro que se requiere para reimaginar, reformular y rehacer las ciudades inteligentes de manera que se produzca un urbanismo inteligente verdaderamente humanizador. Por un lado, he argumentado que esto requiere producir un presente futuro alternativo que cambie la lógica anticipatoria de las ciudades inteligentes para abordar las desigualdades, los prejuicios y la discriminación persistentes, y que esté arraigado en nociones de justicia, equidad, ética y

democracia. Por otro lado, sostengo que el trabajo para perturbar el futuro presente del urbanismo inteligente neoliberal y promulgar iniciativas alternativas de ciudades inteligentes más inclusivas debe continuar a buen ritmo, diversificarse y pasar de la promulgación de "políticas mínimas" a una visión estratégica, ideológica y pública más sostenida que busque reconfigurar radicalmente la ciudad inteligente. En mi opinión, este futuro presente y el trabajo futuro presente deben entrelazarse a fondo para producir una visión coherente y un conjunto de políticas e iniciativas para las ciudades inteligentes en ciernes. Este libro ha tratado de aportar ideas, análisis y material de

casos para continuar esta labor, reflexionando sobre cuestiones de ciudadanía, justicia social, puesta en común y bien público. El reto para los lectores es comprometerse y reflexionar sobre los argumentos expuestos por los colaboradores y asumir el llamamiento de Marcuse para exponer, proponer y politizar las políticas y las prácticas de las ciudades inteligentes, al tiempo que se complementa con un trabajo normativo y orientado al futuro que reformule las posibilidades de la ciudad inteligente. Para promulgar el derecho a la ciudad inteligente, tenemos que tener un sentido claro de lo que es ese derecho y del tipo de ciudad que hay que producir.

*La Sociedad Secular Humanista del Perú tiene el permiso expreso del autor para traducir y republicar el capítulo publicado originalmente el año 2019 como parte del libro *The Right to the Smart City* editado por Paolo Cardullo, Cesare di Felicianantonio y Rob Kitchin para la editorial Emerald Publishing.

**Artículo traducido por Piero Gayozzo para la revista *Futuro Hoy* del Fondo Editorial de la Sociedad Secular Humanista del Perú. Contacto: pgayozzo@ssh.org.pe

***La investigación para este capítulo fue financiada por un premio de investigador avanzado del ERC, "La ciudad programable" (ERC-2012-AdG 323636-SOFTCITY).

Cómo citar este artículo:

Kitchin, R. (2021). Hacia un urbanismo genuinamente humanizador (P. Gayozzo, Trad.) *Futuro Hoy*, 2(4), 7-13. <https://doi.org/10.52749/fh.v2i4.1>. (Trabajo publicado en 2019).

Esta obra está bajo licencia internacional
Creative Commons 4.0 Reconocimiento 4.0.